

Gara y Jonay, una historia de amor imposible



Iballa y Rayco
tenían 16 años.
Iban a la misma clase en el instituto
y estaban muy enamorados.

Iballa era una chica independiente
y segura de sí misma.
Rayco era tímido y callado,
buen estudiante y bastante inseguro.

Ambos se complementaban a la perfección.
Cuando Rayco se ponía nervioso ante un reto,
Iballa lo tranquilizaba
y lo ayudaba a afrontar el problema.

Cuando Iballa se enfadaba
con sus padres o con alguna amiga,
Rayco hablaba con ella,
la ayudaba a buscar soluciones
y a hacer las paces con esa persona.

Todos los días, al salir de clase,
paseaban de la mano
de camino a sus casas.

Iban a estudiar juntos a la biblioteca
y también con otros amigos,
a tomar café o ver una película.

Otras veces, en soledad,
se sentaban en un banco
a hablar y a ver la vida pasar.

Nada importaba si estaban juntos.
No había aburrimiento, ni pena, ni tristeza.

Si estaban juntos,
se sentían bien,
en plena felicidad.

Un día, la madre de Rayco
encontró a su hijo y a Iballa
besándose en el escalón del portal de casa.

La madre se enfadó mucho
y, llevada por la ira,
prohibió a Rayco volver a ver su novia.

La madre exclamó:

—¡Eres muy niño para andar con chicas!
¡Tienes que estudiar
y ser un hombre de provecho!

La madre lo castigó sin salir una semana
y le dijo que se olvidara de Iballa.

Rayco rompió a llorar.
No entendía por qué su madre le hacía esto.
No entendía por qué su madre
hacía que su amor fuese imposible.

—¿Qué tiene que ver estudiar
con querer? —se preguntaba,
una y otra vez.

Cuando Rayco contó a Iballa lo que había pasado,
a ella no le sentó nada bien.
Triste y desolada,
se lo contó a su padre.

Su padre fue más comprensivo
y le prometió que iría a hablar
con la madre de Rayco.

Pero esto no tranquilizó a la chica.

Entre sollozos, exclamó:

—¡Nuestro amor es imposible!

El padre de Iballa,
aunque preocupado por su hija,
esbozó media sonrisa.

Le dijo:

—Mi niña,
el amor entre Rayco y tú
no es imposible.

Iballa lo miró,
con una mezcla de asombro
e **incredulidad**.

El padre, sin decir ni una palabra,
cogió un libro de la estantería.

Era un libro antiguo,
con las tapas gastadas
y las páginas de color amarillo.

Sopló el polvo del lomo del libro
y lo abrió por las páginas centrales.

Entonces, el padre dijo:

—Como cuando eras pequeña,
voy a contarte una historia.

Incredulidad

es no creerse algo
o tener dificultades
para creerlo.

Esta vez,
se trata de una leyenda muy famosa
en nuestras islas:

la leyenda de Gara y Jonay.

Dilación

es tardanza,
el tiempo
para hacer
alguna cosa.

Y, sin más **dilación**,
el padre comenzó a leer
frente a la mirada atenta de su hija:

Hace mucho, mucho tiempo,
vivía una hermosa muchacha llamada Gara
en la isla de La Gomera.

Gara era la princesa de Agulo,
el Lugar del Agua.

Gara era una chica joven,
divertida y amante de la naturaleza.
Tenía el pelo ondulado
y una sonrisa siempre
adornaba su rostro.

Era, como se decía en aquellos tiempos,
una muchacha casadera,
es decir, estaba en edad de casarse.

Su flor favorita era el nenúfar,
una preciosa flor que crece en lagos,
lagunas y estanques.

En La Gomera, hay un estanque
con 7 chorros:

los chorros de Epina.

Muchas personas hablan hoy
y hablaron en el pasado
sobre las propiedades mágicas
de estos chorros.

La gente decía que
los chorros de Epina podían predecir
si se encontraría el amor verdadero:
si el agua se mantenía tranquila,
quería decir que sí.

Esto era un **augurio** de buena suerte
en el amor,
una esperanza de felicidad
y de alegría.

Un **augurio**
es una señal
de que va a pasar
algo en el futuro.

Cuando el agua se **enturbia**, se pone oscura y no se puede beber.

Por el contrario, si el agua se **enturbiaba**, quería decir que no: era la señal de que el amor no era posible y de que vendrían desgracias y mala suerte.

En el mes de agosto, tenía lugar la fiesta del **Beñesmen**. La fiesta del Beñesmen era la más importante para los aborígenes **guanches**.

Los **guanches** son las personas que vivían en las islas Canarias antes de la conquista castellana, que acabó en 1496.

Era la fiesta de la cosecha y se consideraba el Año Nuevo Guanche.

En esta fiesta, los guanches daban las gracias a la diosa Chaxiraxi por las cosechas abundantes.

La costumbre era que,
en esta fiesta,
las chicas jóvenes del lugar
se acercaban a los chorros de Epina
para ver su reflejo en las aguas.
Había que asomarse a los chorros
antes de la caída del sol.

Gara, junto con otras jóvenes doncellas,
había ido desde su aldea
para ver su reflejo en el agua
y descubrir el futuro de su vida amorosa.

Todas las jóvenes estaban muy nerviosas
y se asomaban, una a una,
ante su reflejo en las aguas del estanque.

Gara, la más alegre y aventurera,
fue la primera en asomarse al estanque.

En principio, el agua se mantuvo serena.
Gara se miró en el agua
como quien se contempla
en el espejo más hermoso.



Gara suspiró aliviada.

—¡Qué bien! —se dijo.

Pero, de repente, el agua
empezó a agitarse

y a ponerse muy turbia.

Gara tuvo mucho miedo.

El reflejo de su bello rostro moreno
se rompió en cientos de pedazos
y desapareció.

Las aguas se agitaron con violencia
y se pusieron negras
como la noche más oscura.

Tras esto,

la oscuridad desapareció de repente

y el color del agua

fue el mismo color de los rayos del sol abrasador.

Las gentes del lugar

empezaron a cuchichear.

Aquello no era nada bueno.

Disgustada,
Gara corrió en busca del sabio Gerían.

El sabio Gerían era la persona
que sabía mejor que nadie
cómo interpretar lo que decían los chorros.

Tenía una barba larga,
blanca y rizada.
Su edad era desconocida.

Vivía en una cueva
y vestía largas túnicas
de pieles de animales del bosque.

Sus ojos eran muy poderosos
y era capaz de ver lo que otros no veían.

Un **gánigo**
es un
recipiente de
arcilla
que los
aborígenes
canarios
hacían a
mano.

La gente decía
que el sabio Gerían era capaz
de romper **gánigos** con su mirada.

Gara se acercó, respetuosa,
a la entrada de la cueva.

—¿Puedo pasar,
sabio Gerían? —preguntó, temerosa.

—Entra, no tengas miedo —contestó el sabio,
con voz profunda y tenebrosa.

El sabio Gerían meditaba
sentado en una roca.

Sin que Gara pudiera decir una palabra,
el sabio, que había visto todo, dijo:

—La sombra del fuego quema el agua.
El agua no se puede mezclar con el fuego.
El fuego huye del agua.
El agua apaga el fuego.
El fuego **abrasa** el agua.

La muerte **acecha**.

Como lo de arriba es lo de abajo,
lo que fue, será,
lo que ha de suceder, sucederá.

Gara miró asombrada al sabio Gerían.
Ella era princesa del agua.
En las aguas del estanque,
había visto el fuego del sol.
En las palabras del sabio,
había sentido el fuego del miedo.

Abrasar

es quemar,
calentar
demasiado.

Acechar

es observar,
aguardar con
cautela
para conseguir
algo.

El sabio añadió:

—Huye del fuego, Gara,
o el fuego acabará contigo.

Al escuchar estas palabras,
Gara huyó muy triste y asustada.
La advertencia de Gerían
corrió como la pólvora por el lugar
y llegó a los oídos del padre de Gara,
el **mencey** de Agulo.

Mencey es el nombre
de los reyes guanches
antes de la conquista de Tenerife.

Mientras esto pasaba en La Gomera,
Jonay estaba en la isla de Tenerife.

Jonay era un joven príncipe,
guerrero, valiente y audaz,
hijo del mencey de Adeje,
rey de la isla del Fuego.

Desde hacía un tiempo,
se pasaba los días en las rocas altas
desde las que se podía divisar La Gomera.
Miraba, obsesionado, al horizonte en la isla.

Se sentía atraído
por una fuerza enigmática y oculta.
Una fuerza escondida,
una fuerza que no sabía de dónde venía.

Había una fuerza,
o quizás, una persona
que le atraía desde La Gomera.
Su corazón latía con rapidez
y su alma se lanzaba, poco a poco,
hacia el mar que llevaba a aquella isla.

Un día, llevado
por esta fuerza desconocida,
cogió 2 **vejigas** de cabra,
las infló y se las ató a la cintura.

Entonces, se lanzó al agua
y nadó hasta las playas de La Gomera.

Una **vejiga**
es un órgano parecido
a una bolsa
en el que están los orines
de los seres vivos.



Gracias a las vejigas de cabra,
Jonay consiguió mantenerse a flote
y no ahogarse.

Estas vejigas eran como 2 flotadores.

Jonay nadó y nadó sin descanso,
conducido por una fuerza sobrenatural
que le llevaba hasta el infinito.

Jonay llegó a La Gomera
con los primeros rayos del sol.
Estuvo un rato tumbado en la orilla,
cansado por tan tremendo esfuerzo.

Llevaba poco tiempo allí,
cuando unos pastores se acercaron.

Al ver que Jonay apenas tenía fuerzas para nada,
lo ayudaron a ponerse en pie.
Le dieron un poco de agua,
que Jonay bebió de un sorbo.

También le ofrecieron
un poco de queso del lugar,
que Jonay devoró de un bocado.

En unos minutos,
Jonay se hizo amigo de los pastores.

Ellos le hablaron sobre las costumbres de la isla,
sobre la fiesta del Beñesmen
y sobre el terrible augurio
de los chorros de Epina.

Jonay lo supo al instante:
era a Gara a quien buscaba.

Esa fuerza sobrenatural,
ese impulso tan profundo por ir a La Gomera,
era por Gara.

Entonces, decidió ir en su búsqueda.
Sabía, estaba seguro,
de que amaba a Gara con toda su alma.
Y eso que todavía no la conocía.

Los pastores le contaron que,
desde aquel día tan terrible,
la princesa de Agulo pasaba las tardes
en los chorros de Epina.

Jonay se despidió de los pastores
y fue allí con rapidez.

Los pastores marcharon
por su camino,
de vuelta con sus rebaños.

Pero no todos se fueron.
Quedó uno.
Un pastor que, desconfiado,
decidió seguir a Jonay en la distancia.

Mientras tanto,
Gara miraba su reflejo en las aguas
y deseaba que no se hubieran enturbiado jamás
en aquel día tan terrible.
Jonay se acercó a ella en silencio y le dijo:

—Gara, mi corazón te **presentía**.
Nunca te imaginé tan hermosa.
He venido a por ti desde la isla grande.

Gara, sorprendida, contestó:

—¿Cómo te atreves a hablarme?
¿No sabes que nuestras leyes
prohíben hablar con una mujer
que está sola?

Presentir

es intuir o tener
la impresión de que
algo va a pasar.

Jonay, mirándola a los ojos, contestó:

—Siempre te he amado.
Te amaba incluso cuando
no te conocía.

El corazón de Gara latía con fuerza,
como siguiendo el ritmo de 1000 tambores
sonando a la vez.

Gara rechazó a Jonay
porque ella era una princesa.
Pero, en el fondo,
Gara sabía que Jonay
era el amor de su vida.

El pastor, que observaba la escena
escondido tras unos arbustos,
avisó a los demás pastores
por medio del **silbo gomero**.

El **silbo gomero**

es un lenguaje de La Gomera
con silbidos para comunicarse
a través de los barrancos.

Gara y Jonay escucharon los silbidos,
pero no tuvieron tiempo de reaccionar.
Antes de que se dieran cuenta,
ya habían llegado los pastores.

Eran 3 hombres fuertes y muy altos.
Con mucho esfuerzo,
rodearon y ataron a Jonay
como si fuera un delincuente.

Atado de pies y manos,
lo llevaron al **tagoror**
para que los nobles del lugar
le hicieran un interrogatorio.

El **tagoror**

era un lugar en el que se reunían
los jefes de la comunidad
para hablar y tomar decisiones importantes.

El más anciano comenzó a hablar:

—Tú no eres de aquí.
¿De dónde vienes?

—De Tenerife, la isla grande —contestó Jonay,
con voz alta y clara.

—Eso no puede ser —replicó el noble.

—Sí puede ser —intervino uno de los pastores.
Nosotros lo hemos visto llegar
con unas vejigas de cabra infladas.
Vino nadando desde muy lejos.

El noble miró al pastor
con desconcierto,
pero siguió su interrogatorio:

—¿Y para qué has venido?
¿Qué buscas?

—He venido a por Gara —contestó el muchacho.
Le dolían las manos y los pies.
Las cuerdas apretaban mucho.

El noble arqueó las cejas.
¡No podía creerse lo que estaba escuchando!

Malhumorado, gritó,
mientras señalaba al muchacho
con su huesudo dedo:

—¡Eres un atrevido!
¿Quién eres tú para
querer a una princesa?

Tranquilo y con voz firme,
Jonay contestó:

—Yo también soy un príncipe.
Soy el hijo del mencey de Adeje,
rey de la isla del Fuego,
que gobierna desde las orillas del mar
hasta las cumbres más altas de Tenerife.

El noble no quedó satisfecho
y preguntó:

—¿Y cómo supiste
de la existencia de Gara?

Jonay sonrió y contestó:

—No la conocía en persona,
pero la presentía.
Sabía que estaba al otro lado del mar.
Sentía una fuerza que me llevaba a ella.
La sentía en el viento,
en el sol,
en el agua
y en el cielo...

Jonay tuvo que callarse
porque, de repente,
el mar elevó sus aguas furiosas,
el cielo se cubrió de luces fugaces
y miles de rayos y truenos surcaron
los cielos nublados.

Entonces, todos recordaron
las palabras del sabio Gerían:

La sombra del fuego quema el agua

Gara era la princesa de Agulo,
el Lugar del Agua.

Jonay venía de la Tierra del Fuego.

Gara y Jonay eran el agua y el fuego.
No podían unirse.

El volcán **Echeyde**,
al que conocemos hoy como **Teide**,
se puso en erupción
y de su boca salieron
millones de piedras de fuego y lava
que sembraron el pánico de todos.

El augurio del sabio Gerían
se había cumplido:
el amor de Gara y Jonay
era imposible.

Jonay quedó libre
con una condición:
jamás volver en busca de Gara.

El noble fue tajante en sus palabras:

—Nunca más te acerques a nuestra princesa.
Te lo prohibimos para siempre.
El Echeyde y el sabio Gerían han hablado:
si no haces caso,
caerán grandes males
sobre nuestras gentes.

Llevaron a Gara con su padre,
lejos de Jonay.

Jonay volvió a Tenerife.

Aunque el Echeyde calmó su furia,
Gara y Jonay
no conseguían olvidarse el uno del otro.
Estaban muy enamorados.

Aquella misma noche,
Jonay, decidido a luchar por su amor,
cogió sus 2 flotadores
y se lanzó al agua.
Estaba dispuesto a cruzar a nado
los 7 mares por su amada.

Cuando llegó a la orilla,
llevado por la fuerza sobrenatural,
llegó a la aldea de Gara.
Allí, se cogieron de la mano
y juntos se fueron al bosque del Cedro.

Desde entonces,
Gara esperaba a Jonay
todos los amaneceres.
Jonay hacía una larga travesía nadando
para entregarle su corazón a su amada.

En el bosque del Cedro,
soñaban con una vida hermosa,
llena de amor y felicidad.

Tenían que verse siempre a escondidas.

Juntos, se perdían
en aquellos bosques de **laurisilva**,
los más antiguos del mundo.

Laurisilva

es un tipo de bosque
con grandes árboles
con hojas como el laurel.

Pronto, alguien los vio
y los rumores de los encuentros amorosos
se extendieron por toda la isla.

Cuando el mencey de Agulo se enteró,
se puso furioso:
su hija le había desobedecido
y, por estar con su amor,
estaba poniendo en peligro a toda la isla.

Por ello,
mandó a un ejército numeroso de guerreros
en busca de Jonay.

Los guerreros buscaron por todos los sitios:
La Laguna Grande,
el barranco de Budiel
y el Llano de Armomame,
entre otros lugares.

Hallaron a los 2 enamorados
en la cima más alta del bosque del Cedro.
Estaban tranquilos, abrazados y felices,
aislados de todo y de todos.

Cuando se quisieron dar cuenta,
los guerreros ya habían rodeado la montaña.

No tenían escapatoria.

Estaban dispuestos a matar a Jonay
y a llevar a la princesa con su padre.

Temeroso, Jonay miró a ambos lados
y comprendió lo inevitable.

Mirando a su amada a los ojos, le dijo:

—¡Te quiero más allá de la vida!

Gara, consciente del destino
más terrible, exclamó:

—¡Yo quiero ir contigo a ese lugar:
más allá de la vida!

Empezaba el atardecer.
El sol se hundía en el mar,
como un corazón herido
se hunde en la sangre.

Jonay cortó una rama de brezo
con su espada.

Con destreza y rapidez,
afiló cada una de la puntas.
Colocó la rama entre su pecho
y el pecho de Gara.

Se miraron por última vez.
Se fundieron en un abrazo interminable.
Las puntas de la rama se hundieron
en los pechos de los amantes.

La muerte invadió todo.
Enmudecieron los cantos de los pájaros
y el murmullo del barranco,
del agua, del mar...

Fuego y agua se unieron para siempre.

El **brezo**
es un arbusto
pequeño
que florece
en agosto.



En nuestros días,
la cumbre que fue testigo de su amor
es el **Parque Nacional de Garajonay**.

FIN

El padre de Iballa cerró el libro.

Iballa rompió a llorar.

Estaba emocionada por la historia
de Gara y Jonay.

Su padre, en silencio,
le dio un beso en la mejilla
y le susurró al oído:

—No te preocupes,
tu amor con Rayco no es imposible.
Ama, vive tranquila.
Nunca, jamás,
dejes que nadie decida por ti.

Padre e hija se abrazaron con fuerza.
Iballa se sintió feliz
por tener un padre tan maravilloso.



